

## ARTICULO IV.

(Sobre Sinónimos.)

## BRAVURA, ESFUERZO, VALOR.

*Bravura*, voz nacida en un siglo de hierro, viene de la palabra alemana *Brav*, primitiva en aquella lengua. *Esfuerzo*, vale lo que *fortitudo* en latin. *Valor*, voz no menos bella que las otras, la tomaron nuestros padres del latino *valere*, pero con tan ecstenso significado, que seguramente no podría encontrarse una voz de tanto valor en toda la lengua latina.

La *bravura* es temeridad, ímpetu violento en afrontar los peligros de la guerra ó de las armas, procede de fortaleza de miembros, y no dista mucho de la ferocidad: por eso se aplica indistintamente á hombres y animales; y hablando de éstos, el adjetivo *bravo* es contrario de domado.

El *esfuerzo* es vigor, elevacion, grandeza de alma para hacer y soportar cosas graves, y es una muestra jenerosa, del corazon que permanece tranquilo en cualquiera peligro.

El *valor* tomado en su mas ecstenso significado, expresa el mérito y precio de una cosa: es decir, lo que ella vale: pero considerado como una dote del hombre, es una virtud del alma que esclarece á ese mismo hombre, en todo lo que de grande y de bello puede emprender.

La *bravura* es como un instinto, y por eso, cualidad de menos estima que el *esfuerzo*, al que va unida siempre la prudencia: la *bravura* puede ser momentánea, el *esfuerzo* no abandona jamas los pechos jenerosos: diríase casi que la *bravura* procede de la sangre; y el *esfuerzo*, de un alma formada por la educacion para acometer cosas altas: la *bravura* es ciega y sin consejo; no vé ó no siente el acometido peligro: el *esfuerzo* resplandece haciendo cara al peligro que conoce: la *bravura* impele á muerte cierta, á un voluntario granadero que, bajando su noble frente, corre á encontrar las bayonetas enemigas; pero un jeneral de experimentado *esfuerzo*, sereno en medio del tempestuoso estruendo de las baterías; pesa el peligro presente, y discurre tranquilo sobre los medios mas apropósito para superarlo.

La *bravura*, en el hombre, es enteramente militar, y peculiar de todo guerrero; el *esfuerzo* se cuenta no solo entre las virtudes militares, sino tambien entre las civiles. No tenia *bravura* Cice-

TOMO II.

ron, pero á su *esfuerzo* debió la república romana, el quedar salva de la ruina y muerte que Catilina maquinaba. Respuesta sublime del valeroso *esfuerzo* fué la de *Guzman el Bueno*: que no es otra cosa el *esfuerzo* que poder y accion unidos. El *esfuerzo* se muestra al mismo tiempo en hacer y soportar; y no se podría, sin envilecerla, llamar acto de *bravura* á la respuesta del héroe de Tarifa. Imcomparable y alto *esfuerzo*, y no *bravura*, fué el de Atilio Régulo, cuando soportó sereno los tormentos acerbos, con que el airado cartaginés, para afrenta suya, le afligió bárbaramente. *Esforzada* y no *brava* era el alma de Alvarez el inmortal defensor de Jerona: y Montoro, en aquel mismo sitio, dió con su arrojo y bizarria, una muestra de *bravura* pocas veces imitada.

Pero el *valor* se alza resplandeciendo, sobre la *bravura* y el *esfuerzo*, cuando se habla de militares. El *valor* encierra dentro de sí, todo lo que la *bravura* tiene de bueno, y á las cualidades del *esfuerzo* añade ademas el saber: *valor* era el de Escipion, el de César, el de Toledo, y el de Leiva. El *esfuerzo* debia ser cualidad de todo oficial; la *bravura* divisa de todo soldado. Los turcos, como soldados, muestran todos ferocísima *bravura*, sus capitanes son hombres de aventajado *esfuerzo*, pero es muy raro entre esta jente feroz, el verdadero *valor*.

Fuera de estos términos, las tres voces toman otros significados igualmente diversos; y *bravura* ó valentía se llama en las artes, una cierta manera audaz y franca de ejecutar las cosas difíciles, venciendo los obstáculos con atrevida facilidad: y no podrían sustituirse á este segundo significado de *bravura* las voces de *esfuerzo* y *valor*. Ya hemos contado al *esfuerzo* entre las virtudes civiles: ni puede llamarse *bravura* ó *valor* el *esfuerzo* de un público que sostiene con firmeza la verdad ante un indignado rey; ó el *esfuerzo* de un ministro que resiste impávido al loco y desacordado capricho de una plebe, poseida del demonio de las revueltas.

*Valor* finalmente no puede significar ni *esfuerzo*, ni *bravura*, cuando se habla de hábitos ó cualidades morales ó intelectuales, que no mueven á empresas de guerra. A una mujer de alma elevada y de nobles costumbres, se la llama hembra *valerosa*, y no se podrían aplicar en este ejemplo las voces de *bravura* ó *esfuerzo*.

## LISONJEARSE, CONFIARSE.

La principal diferencia de estos dos verbos consiste, en que con el primero va unida la idea de falacia: con el segundo, la de buena fé: y

20

por esta razon, *lisonjearse* se usa como en mal sentido, y *confiarse* en buen sentido. — *Lisonjearse* viene de *lisonja*, que no es otra cosa sino una falsa dulzura en acciones ó palabras para atraerse el ánimo ajeno á voluntad ó en utilidad propia. Se diferencia de la *adulacion*, en que la *lisonja* tienta el camino del corazon, y la *adulacion* el del entendimiento. Quien una, al talento, delicado juicio, echará de ver en esta esplicacion dos ideas bien distintas: la del halago por medio de la alabanza y de acciones apacibles; y la del engaño: las cuales están unidas tan estrechamente en el vocablo de que se trata, que ni la alabanza ó el halago, sin el engaño, ni el engaño sin la alabanza ó el halago, pueden llamarse *lisonja*.

Adviértase que por esas dos ideas dominantes en la palabra *lisonja*, se inclina mas hácia una parte que á otra, por los escritores: esto es, ó mas á la alabanza y á los halagos que no al engaño (el cual entonces toma el semblante de persuasion orijinada de condescendencia); ó mas al engaño que no al halago: pero la palabra no puede en ningun caso quedar del todo limpia y pura de aquella mancha que la afea desde su oríjen.

Habiendo declarado el valor de dicha voz, poco hay que hacer para demostrar la diferencia entre *lisonjearse* y *confiarse*, puesto que *lisonjearse* procedente de *lisonja*, retrae de esta palabra, y bajo cualquiera forma que se emplee, la idea de engaño, no pudiendo significar mas que dejarse sorprender ó vencer de una mal fundada esperanza, de un engañoso sentimiento, de una idea falsa que se presenta á la mente con aparien- cia diversa de la realidad. Pero el verbo *confiar- se*, es asegurarse, tener fé en la bondad de la propia causa, en la rectitud de los propios senti- mientos; es creer sin sospecha, y siempre por ho- nestas razones ó por una opinion muy probable.

Lllamanse por esto con razon *lisonjeros* tanto los cortesanos aduladores que ofenden á la verdad delante del que manda, cuanto los viles y maja- deros demagogos que alaban afectadamente á la canalla por calles y plazas. Palabras *lisonjeras*, demostraciones *lisonjeras*, son palabras engaño- sas, demostraciones falaces, como las que salen de la melosa boca de un parasito ó de una corte- sana.

Hoy en dia traduciendo, hasta cuando habla- mos, la lengua de Francia, se dice y se escribe á ojos cerrados, *me lisonjeo que podré complacer á V. en esto*; queriendo asegurar á uno, de las buenas esperanzas que se tienen de serle útil en algo: no apercibiéndose que diciendo *me lisonjeo*, se dice lo contrario de lo que se quiere decir, á saber, *en vano espero poder complacer á V.* En lugar de que escribiendo, *confío en que podré complacer*

á V., se le darán al que pide, las seguridades que desea.

Adviértase, como cierta y única regla para evitar el uso impropio del vocablo *lisonjear*, que nunca se halla en nuestros buenos escritores usado en significacion de neutro pasivo, como se emplea por los modernos.

### ASTROLOGÍA, ASTRONOMÍA.

La *astrología* es propiamente una ciencia que trata de la naturaleza y movimiento de los astros: viene de la palabra latina *astrología*, y ésta de las griegas *ἄστρον*, estrella, constelacion, *λόγος* dis- curso.

La *astronomía* es tambien la ciencia que en- seña las leyes del movimiento de los astros, y tambien se deriva de la palabra latina *astrono- mía*, y esta de las griegas *ἄστρον*, astro, estrella y *νόμος*, regla, ley. Ecsaminadas segun su oríjen, estas dos voces, se podrian llamar sinónimas, pero el tiempo y los progresos de la ciencia, las ha di- ferenciado de tal manera que casi las ha hecho dos vocablos opuestos. Seria cierto impropiedad grande, por no decir injuria, el llamar *astrólogo* á Rodriguez, ó á otro cualquiera docto matemá- tico que se haya consagrado á estudiar el movi- miento de los cuerpos celestes. ¿Por qué?

La *astrología* era antes una ciencia que puede decirse, estaba en la cuna; desprovista de instru- mentos, pobre de cálculos, deducia del movi- miento de los astros vanas predicciones, y falsos augurios sobre su influjo en las cosas de aquí bajo: porque entonces la ignorancia gustaba de lo maravilloso. En Cervantes dice Pedro = «*Prin- cipalmente decian que sabia la ciencia de las estre- llas, y de lo que pasa allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna*»..... «*Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo; en este podeis sembrar gar- banzos, y no cebada; el que viene será de quilla de aceite, los tres siguientes no se cojerá gota. Esa ciencia se llama astrología, dijo D. Quijote. No se yo como se llama, replicó.*»

Por eso llamáronse comunmente *astrólogos* aquellos adivinos, que aprovechándose de la cré- dula supersticion del vulgo, se dedicaban á pre- decir lo futuro, segun el vário aspecto de los as- tros en el cielo, y sobre todo pronosticaban las ca- restias, pestilencias, mortandades y guerras, lle- nando alternativamente los hombres de esperan- za ó miedo. Pero cuando la ciencia halló modos de

acortar la distancia que separa la tierra, de los otros cuerpos que se mueven en el espacio, para observar exactamente la mole, computar el movimiento, notar las relativas distancias, y reducir á leyes ciertas todos sus movimientos; cuando los navegantes osaron lanzarse á mares desconocidos sin mas guía que una estrella, de la que habian calculado exactamente los *astrónomos*, el paso mas mínimo, y la mas pequeña apariencia de sus diversos aspectos; entonces se avergonzaron los pueblos de contar entre los sabios, á quienes eran deudores de tantas ventajas, á aquellos impostores que abusaban de su buena fé, y por eso llamaron *astrónomos* á los primeros, *astrólogos* á los segundos.

*Astrología*, pues, ha quedado entre los modernos para significar una investigacion conjeturable, si no vana, del influjo de las estrellas sobre las cosas terrestres; y *astronomía* es aquella ciencia que enseña las leyes del movimiento de los cuerpos celestes, y los fenómenos que se derivan de su forma esferoidal.

Estas observaciones pueden servir de guía en la investigacion de las diferencias entre la *Alquimia* y la *Química*.

#### ECSTREMIDAD, ECSTREMO.

*Ecstremidad*, es propiamente la última parte de una cosa material, y se opone á medio ó á centro: *ecstreño* se emplea siempre en abstracto; y significa el grado mas alto, el último término á que una cosa puede llegar, y se contrapone á común ó templado. Se dice la *ecstremidad* y no el *ecstreño*, de una ribera, de una lengua de tierra, de un país; y se dice el *ecstreño* y no la *ecstremidad* de las fuerzas, del júbilo, del placer, del dolor, de la vida. Las manos y los pies se llaman con un vocablo jenérico las *ecstremidades*, y no los *ecstremos* del cuerpo; pero decimos proverbialmente que todos los *ecstremos* son viciosos, oponiendo este vocablo á templado, á medio; y no podría tener aquí lugar, *ecstremidad*. Finalmente cuando *ecstremidad* se emplea en sentido figurado, no puede entonces significar sino un exceso de calamidad y miseria; y por eso decimos -- «si dura la guerra civil, nos conducirá á la última *ecstremidad*» -- á diferencia de *ecstreño* que se ecstiende á todo otro acontecimiento feliz ó desgraciado de la vida del hombre, y á toda pasión suya.

#### ACABAR, TERMINAR, CONCLUIR.

*Terminar* y *concluir* se emplean propiamente para hablar de cosas materiales: *acabar* se aplica con mas exactitud á cosas espirituales y abstractas. Los antiguos ponian los términos de la tierra, suponiendo que ésta *terminase* en las columnas de Hércules, pero los españoles *acabaron* despues con esa vana suposicion, borrando con su sangre, y su valor indomable, aquel célebre letrero de «*non plus ultra*.» --

De esta primera distincion, que es la característica, procede la idea de tiempo y medida, que en *terminar* es siempre fija y precisa, y en *acabar* queda indeterminada ó indistinta. El mundo se *acaba* y no *termina*: así el hombre no termina sino *acaba* bien ó mal, segun haya sido buena ó mala su vida: *termina* la comedia á las once, pero cuando es mala y espantosa, dicen todos que nunca se *acaba*, aun cuando no se haya *concluido*.

La mas delicada diferencia resulta finalmente del bello significado de *acabar* que es todo suyo, y es el de dar la perfeccion á una obra: dar la última mano será *concluir*, pero dar la perfeccion á una cosa es *acabarla*: por lo que usamos del adjetivo *acabado*, hablando de bellas artes, para señalar en ellas lo perfecto; y la exacta, esquisita y última conclusion de una obra: ¿quién no sabe que el inmortal escultor Alvarez, perfeccionaba aun sus estatuas, cuando á los ojos de otro artista que él no fuese, aparecian ya *concluidas*? Pero solo su grande ingenio conocia cuanto cuesta el *acabar* tales obras.

*Terminamos* este artículo, rogando humildemente á los honrados y sabios señores de la Academia Española, mediten sobre el significado de la palabra *acabar*, cuando saquen á luz una nueva edicion del *Diccionario de la Lengua Castellana*. La España debe ver ya y conocer, que si otras naciones alcanzan con sus estudios mas allá de las cuestiones gramaticales sobre palabras, deben sus rápidos y felices progresos, no solo á sus tribunales, ejércitos y libertades políticas; sino tambien en gran parte á la filosófica composicion de sus *Diccionarios*, y á la libre manera con que proceden en el empleo de las palabras conocidas, ó en la formacion de otras nuevas. Convencidos deben estar los citados señores académicos que en la grande obra de un *Diccionario*, debe procederse bajo principios, que conduzcan al diccionarista del conocimiento de las cosas, á la investigacion y eleccion de las palabras; y que el modo oscuro y empírico tenido hasta ahora de formar *diccionarios*, debe desaparecer á la luz poderosa de la filosofía.

No por esto creemos que deben escluirse millares de palabras no incluidas; y acepciones diversas de otras incluidas, que no se hallan en el diccionario de los señores de la Academia--véase la séptima y última edición.--Capmani, Taboada y otros, registran infinidad de voces que se buscarían en vano en el *Diccionario de la Lengua Castellana*, y á la verdad que sin duda son voces que pertenecen á esa misma lengua. Y nosotros podríamos, sin notar las que los citados vocabularistas registraron, multiplicar con varios centenares las que incluimos en esta pequeñísima muestra.

Si por acaso alguna amable desocupada ha tenido la paciencia de leer hasta aquí, la ruego deje la lectura, porque ese centon de palabras la sería inaguantable.

*Abeitar.* -- *Aceite de canime.* -- *Acidaque.* -- *Agrion.* -- *Ajetreo.* -- *Alquifá.* -- *Almine.* -- *Amistadera.* -- *Amoreto.* -- *Anaziado.* -- *Anogalado.* -- *Anteo.* -- *Añacear.* -- *Arponar.* -- *Artejar.* -- *Asil.* -- *Avancuerda.* -- *Azandar.* --

*Babusear.* -- *Badeones.* -- *Baharero.* -- *Bayon.* -- *Belicosidad.* -- *Berlandina.* -- *Billetero.* -- *Bobuna.* -- *Bondon.* -- *Boquiblanco.* -- *Boquirojo.* -- *Bregadera.* -- *Buzio.* --

*Cadencioso.* -- *Cagalitroso.* -- *Canime.* -- *Canterrudo.* -- *Capei.* -- *Carilla*, en significado de semilla para afeites de mujeres. -- *Carichato.* -- *Cariseco.* -- *Carteta*, es diverso juego que el del parar, como se lo enseñan al diccionario estos versos antiguos=

Tu no juegas dados,  
Parar, ni carteta,  
Para que digamos  
Que ganaste hacienda.

*Cegoñino.* -- *Ciervo.* En esta palabra no pone el diccionario, el nombre diferente que tiene el ciervo, segun su edad: v. g. *Ciervo de 10 candiles nuevo* -- *Ciervo de 10 candiles*, etc. -- *Cordelejo*, como afeite de mujeres. -- *Craqueta.* -- *Chacornear.* --

*Dentoso.* -- *Desbobarse.* -- *Descuidarse*, por caerse, bajarse. -- *Desmayadizo.* -- *Desjerumar.* -- *Discor.* --

*Enalbayaldar.* -- *Episcopado.* -- *Escolarillo.* -- *Escupitera.* -- *Escusaña.* -- *Esparsa.* -- *Esquinero.* -- *Faldilargo.* -- *Fardeleria.* -- *Farfalloto.* -- *Fecundoso.* -- *Filabre.* -- *Fulleteria.* --

*Gabanista.* -- *Galisto.* -- *Gramonilla.* -- *Grosezuelo.* -- *Grillirmon.* -- *Guizque.* --

*Habado.* -- *Harda.* -- *Huecadal.* -- *Incentivar.* -- *Infurto.* -- *Jabierta.* --

*Lucana.* -- *Lutoso.* --

*Manejar*, por acariciar. -- *Mandilandinga.* -- *Manguispenado.* -- *Maquinamento.* -- *Maribobales.* -- *Matiego.* -- *Merlete.* -- *Mocil.* -- *Mugroso.* -- *Musia.* --

*Nevadera.* --

*Paila.* -- *Panal*, como adjetivo, falta. -- *Pasta*, por veneno. -- *Pecadorizo.* -- *Pegones.* -- *Peliflojo.* -- *Percundio.* -- *Pernicruzar.* -- *Perchufar.* -- *Plomera.* -- *Premideras.* -- *Pringor.* -- *Público*, por casa de mujeres públicas.

*Rasca-caballos.* -- *Ravasco.* -- *Recensir.* -- *Regelo.* -- *Renovero*, por renuevo ó tallo de planta. -- *Retumbido.* -- *Riche.* -- *Risotada.* -- *Rubiez.* -- *Ruejo*, por juego de labradores. -- *Rujinoso.* --

*Santiguadera*, por ensalmadora. -- *Santulencia.* -- *Sensiterio.* -- *Sonchos.* -- *Sorrabar.* -- *Sostrado.* --

*Tabernear.* -- *Tagarino*, fronterizo. -- *Tiñuela*, gusanillo que roe la carne. -- *Traque restaque.* -- *Trastulo.* -- *Trónicas.* -- *Tudir.* --

*Velicomen*, vaso para brindis. Quev. Fort. con seso. -- *Verdinal.* -- *Vihuelero.* -- *Villanil.* --

*Xira.* --

*Zandial.* -- L. DE U. Y R.

Con mucho placer insertamos la siguiente novelita que nos ha sido remitida por una señora, cuyo nombre conocemos, aunque no nos es permitido revelarle. Acaso sus dos iniciales bastarán á levantar el velo del incógnito con que obliga á encubrirse una modestia escensiva á nuestra amable escritora. Lo poco frecuente que es en España el que las personas del bello sexo se dediquen á cultivar la amena literatura, da nuevo realce al mérito positivo de la siguiente composicion.

## La Madre,

6

### El Combate de Trafalgar.

Era un domingo, 20 de octubre 1805. El día se había ataviado de su mas brillante esplendor, del aire mas suave y puro. La muralla gualda, que circunda á

Cádiz como un aro de oro á una perla, se hallaba llena de gente que tendía los ojos hácia la bahía. Pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos contrastaban con el alegre azul del cielo.

En el balcon de una de las casas del hermoso barrio de San Carlos, que el hombre ha empujado en el mar sobre poderosos cimientos; en uno de aquellos balcones verdes como el mar, llenos de flores como canastillas, se apoyaba contra sus cristales una muger, ora clavando sus ojos en una imagen de la Virgen embutida en la pared junto al balcon, ora llevándolos sobre el magnífico espectáculo que se ofrecía á la vista. La escuadra combinada que constaba de 15 navíos españoles y 18 franceses, salía del puerto. Sus velas henchidas de esperanza y elacion, sus esbeltos y ligeros pabellones, don precioso de la patria que llevaban como un penacho, hacian que se asemejasen estos soberbios buques á caballeros armados saliendo para un torneo con pasos lentos, mesurados y orgullosos. El mar centelleaba con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba, como un niño, su brillante superficie. El cielo estaba puro como si jamas hubiera estado, como si jamás debiera estar, manchado por la tempestad.

Sin embargo, los ojos expertos y seguros de los marinos españoles la preveían. Esto hicieron presente los hábiles generales Gravina, Alaba, Cisneros al almirante Villeneuve, comandante en gefe de la escuadra combinada. Pero el almirante Villeneuve sabia que iba á ser destituido por Bonaparte. Pocos momentos le quedaban de mando, y quiso aprovecharse de ellos para vencer ó morir. ¡Cuántas lágrimas y sangre costó este desesperado proyecto! ¡Proyecto verdaderamente hermoso si hubiera sido individual! ¿Se sabe cual fue la trágica y misteriosa muerte de este general....? ¡Respeto, profundo respeto á tan grande infortunio!!

El almirante insistió, á pesar de las representaciones de hombres muy mas experimentados que él en su clima, y á estos no les quedó otro arbitrio que el de decir como el general Springporten al general ruso:— ¡Marchemos!

El mar se halló, pues, surcado por esos magníficos buques como por sus señores. De tiempo en tiempo, un cañonazo interrumpia el silencio de esta grande escena, de este solemne momento que preparaba á la Historia una de sus mas sangrientas páginas. ¡Las bocas de bronce decian á Dios! — ¡A Dios, mi amada, á la jóven que encerrada en su estancia torcia con angustia sus blancas manos! — ¡A Dios amigos, compatriotas, á los

que agolpados para verlos salir, los seguian con su vista, sus recelos y sus esperanzas! — ¡A Dios Patria, á esa tierra que quizá no volverian á pisar! — y á aquella muger solitaria, inmóvil en su balcon, tambien decian ¡á Dios, madre mia!

La Señora de C., viuda de un general de marina, tenia tres hijos. ¡Todos tres seguian la gloriosa carrera de su padre, y salian en esta armada para arrostrar la furia de los elementos y la brillante estrella de un Nelson!.... ¡Fijaba sus ojos de madre, deslustrados y sin lágrimas, en aquellos buques, hijos de la temeridad, juguetes de la fortuna, y luego los volvia á la Virgen, echando á sus pies su inmenso y mudo dolor, llevando en el movimiento convulsivo de sus manos frias y cruzadas, la oracion mas fervorosa que se eleva al cielo: la de una madre por la conservacion de sus hijos! — Ni escuchaba ni veia á su lado á la anciana María, ama de aquellos, perteneciente á la familia, ya que no por los vínculos de sangre, por los del corazón.

— Señora, decia María tragándose sus lágrimas con un valor que solo le es dado á un tierno y profundo cariño; Señora, ¿es por ventura la primera vez que los ve V. salir y los ha vuelto á ver entrar, gracias al Señor? ¿Ha perdido V. su confianza en la Virgen del Carmen? ¿Quiere V. morir de pena antes de volverlos á ver? ¡Llore, llore V., que eso le hará bien; pero no se quede V. aqui fria y callada, como si el dolor la hubiese helado cual podria hacerlo la muerte! ¡Vamos, vamos, valor! como lo debe tener la viuda y madre de valientes marinos. ¡Confianza en la misericordia de Dios! ¡V. los verá de vuelta honrando su vejez con laureles, asi como V. embelleció su niñez con rosas!

Y María procuraba sonreírse; pero esta sonrisa era un último esfuerzo; su corazón estaba destrozado, y salió del balcon para mirar detras de las persianas esos buques que le parecian los féretros de sus hijos. Sollozaba, levantaba las manos al cielo, hacia votos, prometia novenas á la Virgen. — ¡Ah: niños míos, esclamaba, nosotras que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento colado, nosotras que os lavábamos con agua tibia de miedo de resfriaros, nosotras que vigilábamos vuestro sueño como el de un enfermo, que no os dejábamos ir solos ni aun á la escuela! ¿A qué todos estos conatos si ahora os vemos ir á arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas? ¿Por qué esas vidas, que arriesgan como dinero al juego

\*\*\*

los insensatos que se llaman héroes y conquistadores, han de tomar raíz y agarrarse al corazón de una mujer? ¿Por qué esas imágenes de hierro y sangre no se han de imprimir en el bronce de vuestras almas y no en el alma de una madre? -- Y luego María secaba sus lágrimas, alzaba de su frente sus cabellos blancos, volvía á tomar un semblante sereno y se iba á su señora procurando consolarla.

Apenas se halló la escuadra en la ancha mar, la que por su serenidad y dulce sonrisa, cual sirena, la había atraído, cuando se empezaron á cumplir los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento del Sud-Este, y gruesas gotas de lluvia vinieron á anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el almirante Villeneuve mandó acortar velas y seguir al encuentro del peligro: así como un ciego sigue su camino hacia un precipicio. Y tal es la fuerza del honor, que 25 buques ricos de la flor de la marina y de mil vidas preciosas, siguieron la voluntad de un solo hombre que, ciego de despecho, los llevaba á una muerte segura. Apenas se enlutó el cielo, apenas empezó el mar á levantar su seno agitado y terrible, lanzando y rompiendo sus olas espumosas sobre las rocas que casi estaban debajo de las ventanas de la infeliz madre, cayó ésta aniquilada en una silla, sus ojos desatentados sin lágrimas, sus miembros temblando sin fuerzas, sus labios descoloridos sin quejas. María se apresuró á meterla en la cama. La desgraciada la dejaba hacer de ella lo que quería: parecía un autómata, tal estaban sumergidas todas sus facultades en un solo punto: su horrible ansiedad.

María cerró las ventanas y las puertas, y se puso á hablar muy alto y sin parar para ocultar de este modo á su señora, el ruido terrible y espantoso de la crecida tempestad. La señora de C., abrumada, destrozada, anonadada por su dolor, quedó algunas horas en un estado semejante á un letargo. Estaba echada inmóvil, los ojos cerrados y solo sus labios se movían de cuando en cuando para repetir las oraciones de su corazón. María se había puesto de rodillas delante de la Virgen: extendía sus brazos hacia esta imagen como si llevase en ellos á su Manuel, niño de 12 años que casi salía de la cuna para arrojarle en ese caos de peligros, de males y de furor; pequeño guardia marina que poco tiempo antes saltaba de gozo al vestir su uniforme, con esos galones de oro que lo adornaban como adornan las flores á una víctima. Alzaba los ojos hacia esa Virgen de los Dolores cuyo culto, si Dios no lo hu-

biera establecido, el corazón de una madre lo hubiera adivinado. Clavaba en esa Santa Madre de Dios sus ojos tan viejos, pero que volvían á hallar todo el fuego y la energía de la juventud en la vehemencia de su dolor y en el fervor de sus oraciones: modo de orar que creo no se halla sino en el alma de una mujer dotada de la fé católica.

Solo interrumpían el silencio el bramido de las olas que parecían pedir su presa, y el agudo silvido del viento que empezaba, crecía, se hacía poderoso, luego flaqueaba y moría para renacer con mas violencia.

De repente da un grito penetrante la señora de C., se precipita de su cama, y va á caer moribunda á los pies de la Virgen y en brazos de María.

¡Ha oído un cañonazo!... El siniestro sonido se repite y multiplica... ¡No! ¡Ya no cabe duda! ¡Es la muerte que se envían esos hombres al través de la tempestad! ¡Es el grito sombrío de su furia que resalta sobre la voz poderosa de los elementos desatados! ¡Es el reto de una loca audacia á todos los peligros reunidos!... ¡Ah! ¡es quizá también un gemido de apuro, el último suspiro de la agonía! ¡Una apelación desesperada á la patria por la cual mueren! ¡Desgraciados! ¡No conteis sobre el impotente socorro de los hombres! ¡No lo pidais sino á Dios!

Seis horas duró este combate aterrador que empezó en la altura del cabo de Trafalgar, y, arrastrado por las corrientes, vino á acabar á ocho leguas de Cádiz. ¡Combate que no tiene igual en los fastos de la historia en honor, valor, desgracia y desastres!

Al principio del combate el contra-almirante Dumanoir se alejó, llevándose consigo cuatro buques franceses pasando junto al Neptuno que defendía D. Cayetano Valdés con una firmeza y una intrepidez dignas de la admirable marina española, que ya caminaba á su decadencia, acelerada por su inútil valor en esta malhadada jornada, al que tributaron completa justicia los ingleses; pasó, digo, junto á su noble aliado sin ofrecerle una mano auxiliadora. Pero Dumanoir marchó á una ruina menos gloriosa, fue hecho prisionero en las costas de Francia por Sir Richard Strahan. No quedó de esta brillante escuadra mas que once navíos, entre españoles y franceses. Dos se llevaron los ingleses á Gibraltar, los demas perecieron. Casi todos fueron sepultados en el abismo que tanto habían hollado. Otros destrozados, mutilados vinieron á morir en las costas de su patria, semejantes al perro fiel que ha-

biendo dado su vida por su amo, se arrastra á sus pies, los besa y espira.

Entonces fue cuando el corazón pudo reposar de tantos horrores, quitar los ojos de ese mar tinto en sangre para dirigirlos á escenas que consuelan y elevan un alma reconocida á Dios, diciéndole: — ¡Padre mio, no me has abandonado! — Viéronse en la playa de Rota los navios Neptuno y Asis etc. etc. que las olas, sin respetar su infortunio, venian todavía con su furia á acabar de destrozar. Entonces se levantó un grito de compasion general. La caridad echó mano de todos los brazos para instrumentos de socorro á aquellos infelices que, habiendo escapado del gran desastre, iban á perecer bajo los ojos de sus compatriotas. Pero sobre todo los regimientos que se hallaban en el puerto de Santa María fueron los que se mostraron verdaderos héroes de la humanidad. Los soldados del regimiento de Zaragoza, á las órdenes del coronel D. Narciso de Pedro, se precipitaron con riesgo de sus vidas, llevando en sus brazos á los heridos, metiéndolos en su cuartel y en sus camas, dándoles sus ropas y auxiliándolos con sus pobres ahorros. La brigada de carabineros reales forzó á sus caballos á arrojarse al mar, llevando ellos sogas y cordones á las lanchas, y socorro por todas partes, olvidados de su propio peligro para no pensar sino en el de sus hermanos. Lanchas cañoneras, arrostrando la tempestad, volaron de abismos en precipicios al auxilio de la escuadra. Tuvieron la felicidad de salvar algunos restos, de remolcar alguna embarcacion sin masteleros, sin timon, errante á voluntad de las olas, en ese desierto de aguas, semejante al infeliz que la arena, levantada por el Simoon, ha cegado y va errante, á voluntad del acaso, sobre los desiertos páramos del África. Pero los desastres causados por la furia de los elementos y de los hombres, la caridad humana, cuyos dulces efectos son mucho menos poderosos, no puede repararlos sino debilmente.

En el navío Príncipe de Asturias donde se hallaba el comandante de la escuadra española, Gravina, hubo entre muertos y heridos 200 hombres; la mayor parte de estos últimos murieron. Se debe observar que este buque era de cedro, que no forma astillas, las que matan tantos hombres como las balas. En aquellos de las tres diferentes escuadras que eran de roble, debió haber el triple número de muertos y heridos. Los generales Gravina, Cisneros, Álava y Escaño fueron peligrosamente heridos. El almirante Villeneuve fue hecho prisionero.

Algunos dias despues del desastroso 21 de octubre se

cubrieron de cadáveres las playas de Santi Petri, Rota, puerto de Santa María y aun la de Cádiz. El tiempo era hermoso. La mar falsa y cruel arrojaba sonriéndose sus víctimas á sus hermanos, diciéndoles — ya no las quiero.

La desgraciada España sacrificada á la voluntad de un solo hombre culpablemente temerario, lloraba el dia mas horriblemente desastroso, y la Inglaterra cubria sus sangrientos laureles con un velo funeral. ¡Pagaba caro el triunfo que le costaba un Nelson!

La infeliz madre en una triple agonía temblaba á cada nuevo cañonazo. Estos, unidos á la tempestad, consternaban á los pálidos vecinos de Cádiz, desesperados de no poder socorrer á sus hermanos sino con sus estériles deseos.

Hácia la noche cesaron los cañonazos, pero este silencio, acompañado del rugido del viento, ¡era silencio de muerte! ¡Oh, que noche para la infeliz madre! ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de tormentos como el infierno! — Por fin los primeros rayos de ese dia tan temido, tan deseado, vinieron á alumbrar, semejantes á los cirios que acompañan á un cadáver, el horroroso espectáculo que se desarrollaba á los ojos del inconsolable Cádiz. En vano quiso María impedir que su señora se precipitase al balcon. ¡Qué cuadro! En la costa opuesta yacian como cadáveres los buques Bucentauro y otros!....; mas aca remolcaban trozos mutilados de las embarcaciones! ¡Sus ardientes miradas se fijaban en esas masas informes que el dia antes habia visto salir tan gloriosas, tan confiadas, tan hermosas! ¡El grande naufragio todo lo tragó, todo lo perdió, menos el honor! El terror habia helado aun los consuelos religiosos en los lábios de la pobre María. La señora de C..... entró cubriendo su rostro con las manos; titubea y cae exclamando: — ¡Ya no tengo hijos! ¡Dios mio; Dios mio! ¡ten compasion de mí!

Dios oyó aquel grito destrozador del corazón de una madre. En el momento se oyen pasos precipitados y se halla en los brazos de su hijo. Entonces se agolpan las lágrimas en sus ojos secos, no puede hablar, estrecha á su pecho uno de sus hijos, lo aprieta como si los peligros viniesen á arrancárselo de nuevo!.... No ha podido todavía hablar, cuando se abre la puerta y el mayor de sus hijos se ofrece á sus ojos fascinados. Entonces se levanta repentinamente, y en su arrebatado de gratitud se precipita á los pies de la imagen de la Virgen, casi sofocada. Sus hijos la levantan y la rodean con sus brazos y sus caricias. María que aun en este ins-

tante de enagenamiento piensa en su señora, corre á traer sales... Pero ¿qué felicidad, por grande que sea, hizo jamás olvidar al corazón de una madre el hijo por quien tiembla? — ¿Y vuestro hermano, esclama, adonde está? ¿Donde está ese hijo de mi corazón! — Sus hijos callan.—¡Ay! gimió la madre angustiada, ¿no respondeis? ¡ah! ya lo veo, ese niño que apenas entraba en la vida, ha hallado una muerte horrorosa en su umbral! no, no me lo ocultéis, decidme la terrible verdad. ¿Donde está? ¿donde está mi Manuel?.....

—¡Aquí estoy! gritó una voz idolatrada; y su hijo el mas pequeño está á sus pies, cubriendo sus manos de besos y mojándolas de lágrimas, refugiándose en el seno de la madre, que apenas habia dejado, de los horrores que acaban de agitar su jóven alma.

Entonces los ojos de la madre se secan, no se vé en ellos ni felicidad ni dolor: su semblante, ha poco tan espresivo de diversos afectos, queda en calma como la muerte. Sus ojos miran á sus hijos sin verlos, sus brazos que los cercaban caen inánimes á sus lados, ¡aquel rostro tan bello de sonrisas y lágrimas queda estúpido!.....

—¡Ah; Dios mio! dijo el mayor de los hijos, ¡que imprudencia la nuestra!

Sentimiento tardío. Aquel corazón tan tierno no pudo soportar tal cúmulo de dichas — Habia perdido el juicio. = C. B.

#### NOMBRES DE ALGUNOS NAVÍOS QUE NAUFRAGARON DE RESULTAS DEL COMBATE.

El Trinidad de 130 cañones, naufragó en la mar, con mas de 300 heridos y mutilados que fue imposible salvar, merced á la pericia y humanidad de los Ingleses.

El Neptuno de 80 cañones, sobre la costa del puerto Santa María en el Castillo de Santa Catalina, mandado por el brigadier D. Cayetano Valdés, herido gravemente.

El Rayo de 80 cañones, sobre Arenas gordas, mandado por el brigadier D. Enrique Macdonald.

El Bahama de 74 cañones, sobre la costa de Regla mandado por el brigadier D. José Galiano.

El Aguila, frances de 80 cañones, sobre la costa del rio de S. Pedro en la bahía de Cádiz, mandado por el capitan de navío Mr. Gurrega.

El Bucentauro, frances que habia mandado el

více-almirante Villeneuve en el combate: fondeado en la bahía de Cádiz, de pronto se fue á fondo sobre sus anclas, sin poder salvarse su tripulacion ni la de otro navío frances que habia trasbordado á esta.

## SEVILLA.

### Artículo 3.º

## La Catedral.

§. VII. Al salir de la capilla Real, no pude menos de detenerme á contemplar el efecto misterioso, que en la bruñida superficie del pavimento producía una gran masa de luz, proyectada por una vidriera de colores, en que oblicuamente se quebraban los rayos del sol. Era una confusion singular de tintas vivísimas, mezcladas como las del arco Iris: era como una ráfaga de fuego y de vapores que sale del infierno.

—Hoy hace 227 años y ocho dias que en este mismo paraje aconteció, por la misericordia divina, una aventura terrible y que, para nuestra débil inteligencia humana, raya en los límites de lo imposible.

Vivia en Sevilla, por los años de 1603, un jóven llamado D. Mateo Vazquez de Leca. Su ilustre nacimiento y el poder y la consideracion, que sus padres alcanzaban, fueron suficiente motivo para que, dispensando el Papa la edad que le faltaba, le nombrase el cabildo canónigo y arcediano de Carmona, aun cuando no pasaba de 18 años. Este favor singular, las pingües rentas con que contaba el mancebo, y el fuego y engreimiento natural en los años juveniles, rápidamente le condujeron al olvido de las virtudes cristianas y á la relajacion de sus costumbres. Gastaba lujosos vestidos y galas nada propias de su estado, y en ór-

gías y en frívolos objetos consumía lo que debiera ser el patrimonio de la indigencia.

Así continuaba, con notable escándalo de algunos venerables religiosos, y no sin envidia de otros, que, menos favorecidos de la fortuna y de la naturaleza, en vano hubieran corrido en busca de los placeres, que á las manos á él se le venían, cuando llegó el día del *Corpus* del año de gracia de 1608, que se solemnizó con la pompa acostumbrada. Asistió á la procesion el arcediano, con vistosas sedas ataviado, atrayéndose las miradas de mas de una incauta doncella, y recibiendo, como soldado aguerrido, los requiebros, que en significativas sonrisas y en otras no equívocas señales, envueltos le enviaban las poco recatadas matronas. Celebráronse en la tarde las vísperas; y apenas se concluyeron, empezó él á pasearse por la iglesia, con el mismo objeto de vanidad y de disipacion que á todas sus acciones presidía. Era gallardo de cuerpo y bien portado: sus facciones bastante regulares y agradables, si bien la media tinta azulada, que sombreaba sus ojos, era indicio de su alegre y desordenada vida, y la ligera contraccion de sus labios le daba el aire de un hombre que ya empieza á mirarlo todo con hastio, porque todo cuanto desea con facilidad lo logra, de un hombre que necesita encontrar un objeto, cuya posesion le sea difícil, imposible, para reanimar su energía y alterar la monotonía de su existencia.

A punto ya de concluir su paseo, lamentábase interiormente de su poca ventura, cuando, á la sombra de un pilar, modestamente arrodillada, descubrió una mujer de talle esbelto y airosa presencia, vestida con suma gala y elegancia: mas no bien hubo puesto los ojos en ella y empezaba á adivinar un prodigio de hermosura, cuando un manto, rápidamente corrido por una mano de alabastro, le arrebató la delicia de contemplar vision tan peregrina. Desesperado el arcediano, empezó á dar vueltas por aquella nave, como un milano en torno de su presa, sin perder un momento de vista á la recatada señora; la cual, en un principio, ningún caso hacia al parecer de su admirador; pero que, al fin, ya al soslayo seguía todos sus movimientos. Esta escena muda tuvo por resulta-

do levantarse la señora; y mirando con cautela en torno de ella, como si temiese que la observasen, hízole una señal bien clara para que la siguiese. No se hizo de rogar el enamorado varon, y con aire de interior contentamiento y suficiencia, empezó á abrirse paso por medio de los fieles en seguimiento de la dama. Era ya bastante tarde, y una luz escasa penetraba en el templo, cuando ambos llegaron junto á la reja misma de esta capilla. Alcanzó entonces el arcediano á la misteriosa mujer; y como ante todo le dominase su mal deseo, asió fuertemente de su vestido, pero tal era la elasticidad de éste, que se le escurrió de las manos, como pudiera suceder con una culebra. Ella, empero, se detuvo, y se volvió hácia él. A pesar de ser espeso el velo que encubría sus facciones, lo traspasaba el fuego de sus ojos, que relumbraban de una manera singular. Tornó entónces á mirar si habia alguno cerca de ella, y segura de que no, permitió al importuno D. Mateo que separase su velo; mas á penas hubo este puesto en él los dedos, sintió en ellos una violenta sacudida eléctrica que hizo crujir todos sus huesos, saltó en mil pedazos el velo, cual si hubiese sido de vidrio, los vestidos de la señora se aplastaron, así como una vejiga que suelta el viento que la tenía henchida, y entónces vió el libertino un esqueleto, del cual pendían flojas y desairadas las ropas, que antes para él tantas seducciones contenían; una calavera, que por los ojos y las narices y por los huecos de su almenada dentadura arrojaba una luz lívida y fosfórica, levemente inclinada sobre el hombro siniestro, en ademan burlesco y con infernal sonrisa de hito en hito le contemplaba. Aterrado al aspecto de vision tan espantosa, sintióse desfallecer el arcediano y tuvo que apoyarse en un pilar para no caer sobre las losas: pero alzando en medio de su angustia los ojos desencajados hácia el cielo, sintió de repente en su pecho un calor sobrenatural, de que aun no tenía idea, un calor vivificador, semejante al aliento de una madre; y, entónces lanzándose frenético por medio del concurso, que así temblaba á su aspecto y á su contacto se estremecía, como si fuese el mismo demonio, empezó á gritar ¡eternidad! ¡eternidad! ¡eter-

nidad!!! — Vendió todas sus alhajas, dió cuantiosas limosnas, hizo una peregrinacion á Roma, cantando en las plazas y lugares públicos, por donde pasaba, villancicos y coplas de devocion, y por fin murió en 1649 en olor de santidad. Le enterraron á la izquierda del altar mayor.

— Y si puede quedarle á V. alguna duda acerca de la verdad de lo que acabo de contarle, añadió con gravedad el sacerdote que me servia de cicerone, no tiene sino acudir á cierto libro muy digno, intitulado *Hijos de Sevilla ilustres en santidad etc. etc.*, por *Arana de Varflora*, en el cual encontrará, ademas de ésta, otras muchas cosas que merecen ser sabidas.

§. VIII. Justamente se pondera en toda España la suntuosidad de las alhajas de la Catedral de Sevilla, y la pompa con que en ella se celebran los oficios divinos. La decadencia lastimosa de la pública riqueza poco ó nada se conoce en las grandes solemnidades. Altares de plata, innumerables candeleros gigantes y adornos del mismo metal precioso, buena orquesta, vestidos con decoro y seriedad los que la componen, amen de dos órganos de soberbias voces; ricas colgaduras de terciopelo y oro, y notable aparato, aun en las cosas que de importancia pequeña pueden estimarse, recuerdan todavia aquellos tiempos en que el clero disponia á su antojo de las riquezas de casi toda la cristiandad. Pero debe observarse que muchas de estas alhajas brillan tanto, y á veces mas, por el mérito artístico de su ejecucion, que por su valor intrínseco y por las regias pedrerías que las engalanan. Y hago esta indicacion, porque aquellos que no saben ver en un objeto sino la cantidad de reales que puede valer en venta, han dado en estos últimos tiempos en aconsejar que las alhajas de todos los monasterios se deshagan y reduzcan á efectivo, sin hacer cuenta de que defraudan á la historia del arte de sus mejores, tal vez, de sus únicos documentos. Pero ¿qué les importa á estos el arte? Ardan los conventos; desaparezcan entre sus pavesas las obras de Murillo y de Ribera, y los códices de la edad media; bárranse los descombros; siémbrese sal en el terreno, para que

ninguna planta pueda medrar en él; y luego..... luego hablémos de civilizacion (1).

¡Cuadros viejos! ¡raidos pergaminos! ¡sepulcros y portadas renegridas! Hé aquí palabras sin sentido para muchos hombres, cuya mision sobre esta tierra es hacer retrogradar la sociedad al tiempo de los Hunos y de los Alanos.

§. IX. Hubo un tiempo en que la religion era á tal punto señora de todos los corazones y de todas las voluntades, que no se llamaba cristiano el que no se hallaba dispuesto en cualquier caso, á sacrificar en su pró cuantos bienes poseia y aun su propia existencia. Las tinieblas de la ignoran-

(1) Harto sabido es de todos que la moda de los *anónimos* se va generalizando de dia en dia con una rapidez deplorable. Esta arma, tan cómoda y segura como indecente y alevosa, prueba, cuando menos, en el que la usa, una dosis mas que mediana de cobardia. En otros tiempos, un caballero, que era de una dama desdenado se vengaba de este ultraje, retando al rival mas afortunado é inmolándole bajo la reja misma de la bella, ó sucumbiendo allí á brazo mas vigoroso ó á espada mas diestramente dirigida. En el dia la venganza se toma con menos incomodidad y con riesgo ninguno: tal vez, sentado junto á la chimenea y tomando un helado: no se sacrifica al rival, sino á la dama: no se emplea el acero, sino la pluma. Apenas descuella alguno en cualquier ramo, *anónimos* le llueven para hacerle perder un tiempo precioso, ya que no logren irritarle. Inútil será decir que á los redactores del *Artista* no les ha valido su mediania para librarlos en un todo de este amargo fruto de la civilizacion. *Anónimos* han recibido, y muchos de ellos tales, que solo lástima pueden inspirar hácia sus autores.

En uno de los últimos, notable por su estilo, se nos dice, entre otras cosas, que mostramos sobrado encono contra los que queman conventos; cuando no puede respirar con desahogo ningun pecho libre, mientras exista uno solo de esos monumentos ominosos. El pudor nos impide copiar las espresiones de que se vale el *anónimo*; y al leer su escrito, con sinceridad confesamos que nada sentimos tanto como no saber el nombre del autor, para estamparlo al pié de sus renglones. Única venganza que tomaríamos de él; pero seria sangrienta.

cia, entonces tan profundas y con tanta dificultad traspasadas por algun rayo ligero de luz, no dejaban ver á nuestros mayores sino dos caminos para elevarse á la morada de los bienaventurados; y estos eran degollar infieles y fundar ó enriquecer monasterios. Lo primero, independientemente de la creencia religiosa, era una necesidad temporal, una condicion de existencia para los españoles, sin cesar amenazados por los alarbes; y hé aquí bien claro el reflejo de las exigencias del siglo en una de las instituciones de suyo mas fijas é inalterables, que sea dado concebir. Lo segundo explica la multiplicidad y grandeza de los monumentos que han legado á la posteridad. Las artes, por lo general, se hallaban en grandísimo atraso; pero las pocas que se cultivaban, tenian por principal objeto el engrandecimiento del culto divino. Las catedrales eran los museos, la literatura de aquellos tiempos. Su literatura era sublime.

Y como la propiedad estaba estancada en un corto número de familias, podia con razon decirse que la voluntad general se hallaba reconcentrada en aquellos mismos individuos, en cuyas manos residia la pública riqueza; de donde naturalmente resultaba la mas pronta y fácil realizacion del universal deseo religioso.

La ciencia económica, esa ciencia en que estriban la riqueza y el bienestar de las naciones, es demasiado moderna, para que bienes, que en el dia aun no se disfrutaban sino á medias ó de que totalmente carecemos, pudiesen ser entonces conocidos. Mas sino tenian nuestros abuelos el conocimiento exacto, el *sentimiento de la utilidad*, no les faltaba, al menos, el de la *grandeza*. Asi no se consultaba siempre y ante todo, como ahora, la utilidad positiva, matemática; no se sumaban los maravedises antes de calcular el efecto y resultado de la obra: ni al construir un palacio ó un templo, entraba en las miras del arquitecto el que algun dia pudiesen ofrecer comodidades para cárcel, para fábrica ó para teatro. No asi en nuestros dias, que, gracias á los progresos del arte, con igual perfeccion pudieran aplicarse indistintamente á cualquiera de estos fines muchos edificios de nuestros grandes arquitectos. Lo mas que pudiera decirse es que no tienen carácter; pero si,

como ha dicho *Figaro*, no es necesario á las personas el carácter para vivir y estar gordas; ¿será una condicion indispensable de existencia para un edificio, que es de complexion mucho menos delicada?...

Nosotros no tenemos ya, sino en raras ocasiones, el *sentimiento de la grandeza*; y el de la *utilidad* está aun muy lejos de ser tan general como para el bien de los pueblos se requiere. Estamos en una época de transicion, de suyo pálida, por lo tanto, y que, andando los siglos, desaparecerá en la corriente universal, sobre la que descuellan solamente aquellos puntos principales, característicos, que sirven de salida y de término á algun paso grande de la sociedad. En la historia se resumirá esta época en pocas palabras. Somos exactamente los materiales que se sepultan en los anchísimos cimientos del edificio en que cada generacion pone su piedra. Inmensa es la altura á que habrá de elevarse la que lo corone.

Pero no se crea que de todo punto despreciaban los españoles del siglo XV las ideas de utilidad y de conveniencia, y que solo derramando el oro á manos llenas, sin tino ni medida, llevaban á cabo las obras emprendidas: no se crea que andaban por lo comun á ciegas, contentándose con lograr el fin, sin curarse de los medios que á él eran conducentes. Léanse los pocos libros pertenecientes á la historia del arte, que poseemos; registrense los archivos de los cabildos y se encontrarán pruebas numerosas de cordura y de prudente economía. Allí se verá con cuanta madurez acostumbraban discutir los proyectos de las obras; con cuanto detenimiento las hacian examinar por los mas célebres profesores, convocados al efecto de todos los ángulos del reino, y del extranjero; con cuanta prevision se determinaban las condiciones, y al mismo tiempo con qué generosidad eran remunerados los artistas exactos en el cumplimiento de sus promesas, y mas si superaban los hechos á las esperanzas desde un principio concebidas.

Cuando en la noche del 28 de diciembre de 1511 vino á tierra el cimborio de la catedral de Sevilla con tres arcos torales, por no ser de robustez suficiente los pilares sobre que descansaba;

para hacer la reparacion con todo acierto, convocó el cabildo á junta á los arquitectos mas famosos de España. Concurrieron á ella *Pedro Lopez*, maestro mayor de la catedral de Jaen, *Enrique de Egas*, que lo era de la de Toledo, *Juan de Alava*, y *Juan Gil de Hontañon*, que habia trazado la catedral de Salamanca en cuya obra estaba á la sazón ocupado. Determinada la forma en que habia de renovarse el cimborio, quedó encargado de la ejecucion el último de estos arquitectos, quien le dió cabo en 1517 con aprobacion de *Juan de Badajoz*, maestro mayor de la iglesia de Leon, y de los dichos *Egas* y *Alava*, que dos veces vinieron á Sevilla á inspeccionar sus operaciones.

En una de estas visitas, que se verificó en el año de 1515, habiendo acordado el cabildo construir la capilla real, se mandó á cada uno de estos profesores que hiziese una traza de esta obra, y al mismo tiempo se escribió á los capitulares que se hallaban en Roma, para que, sin reparar en gastos, buscasen en aquella capital, en Milan, Florencia y demas grandes ciudades de Italia, un arquitecto insigne, que viniese á delinear y dirigir la obra proyectada. Con el mismo objeto se mandaron librar á los Países Bajos 200 ducados.—No consta en el archivo de esta iglesia que viniese de Flandes ni de Italia maestro alguno; solo sí, que *Egas* y *Alava* presentaron sus trazas; pero que, no llenando estas las miras grandiosas del cabildo, se suspendió su ejecucion, de la cual no se volvió á tratar en muchos años. Encargado luego en 1541 de presentar nueva traza y modelo *Martin de Gainza*, maestro mayor de la catedral, no pudo verificarlo por sus muchas ocupaciones hasta el año de 1550. Hizo llamar entónces el cabildo, para examinar su proyecto, á *Gaspar de Vega*, maestro mayor de las obras reales de Madrid, á *Fernan Ruiz*, de la catedral de Córdoba (que despues añadió 100 pies á la torre) á *Francisco Rodriguez Cumplido*, de Cádiz y *Juan Sanchez*, que á la sazón dirigia la obra de la casa de ayuntamiento de Sevilla. Despues de maduro exámen aprobaron estos en un todo el proyecto de Gainza.

« Para el mayor acierto y economía en la eje-

cucion de la obra, mandó tambien el cabildo que se citase á concurso á los maestros de cantería del reino, y que saliesen peones á fijar carteles en todas las ciudades, señalando el día del remate.» (1)

Muchos hechos pudiéramos citar de esta naturaleza, en prueba de que la economía no es incompatible con la verdadera grandeza; pero bastan ya los referidos, para que mas de una vez, al compararnos, en punto á orden, con nuestros antepasados, tengamos que avergonzarnos.

§. X. Si hay monumentos que por sí solos legitimen un viaje desde rejiones apartadas, monumentos, de esos que son para la nacion que los posee un título de gloria, y para las artes una joya inestimable, un documento histórico de incalculable valía; la catedral de Sevilla debe contarse entre los primeros.

Afortunadamente hace excepcion á la regla general en España, en cuanto á la importancia que solemos dar á nuestros tesoros; pues se ha ocupado en describirla con proligidad grande uno de los escritores mas concienzudos, que han ilustrado nuestras artes. Lástima es solamente que el estilo de Cean Bermudez no sea algun tanto mas ameno, y que sea algunas veces demasiado pródigo de alabanzas. No obstante esto, recomendamos muy particularmente á todo el que quiera visitar con fruto la catedral de Sevilla que se haga con la descripcion de este autor, que le ahorrará muchos pasos tan inútiles como penosos, y le enseñará á ver los objetos, cosa mas difícil en las artes de lo que se cree comunmente. = C. A.

(1) Cean Bermudez.

La abundancia de materiales no nos permite insertar la biografía del pintor Goya: lo haremos á la mayor brevedad.

Por un accidente imprevisto no podemos dar en este número dos estampas: lo haremos en el siguiente.

ESTAMPA: Retrato de Goya.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



L. M<sup>o</sup>.

1, 2, 3, 4. Copias del Natural, hechos  
los entornos y dintornos por medio del  
mecanismo.

A, B. Adornos copiados de uno de 0  
media tercera de alto, y disminuidos por  
medio del mecanismo.

Resultado del nuevo metodo, de que se hace mencion en este V<sup>o</sup>. del **ARTISTA.**



para hacer la reparacion con todo acierto, convocó el cabildo á junta á los arquitectos mas famosos de España. Concurrieron á ella *Pedro Lopez*, maestro mayor de la catedral de Jaen, *Enrique de Egas*, que lo era de la de Toledo, *Juan de Alava*, y *Juan Gil de Hontañon*, que habia trazado la catedral de Salamanca en cuya obra estaba á la sazón ocupado. Determinada la forma en que habia de renovarse el cimborio, quedó encargado de la ejecucion el último de estos arquitectos, quien le dió cabo en 1517 con aprobacion de *Juan de Badajoz*, maestro mayor de la iglesia de Leon, y de los dichos *Egas* y *Alava*, que dos veces vinieron á Sevilla á inspeccionar sus operaciones.

En una de estas visitas, que se verificó en el año de 1515, habiendo acordado el cabildo construir la capilla real, se mandó á cada uno de estos profesores que hiziese una traza de esta obra, y al mismo tiempo se escribió á los capitulares que se hallaban en Roma, para que, sin reparar en gastos, buscasen en aquella capital, en Milan, Florencia y demas grandes ciudades de Italia, un arquitecto insigne, que viniese á delinear y dirigir la obra proyectada. Con el mismo objeto se mandaron librar á los Países Bajos 200 ducados.—No consta en el archivo de esta iglesia que viniese de Flandes ni de Italia maestro alguno; solo sí, que *Egas* y *Alava* presentaron sus trazas; pero que, no llenando estas las miras grandiosas del cabildo, se suspendió su ejecucion, de la cual no se volvió á tratar en muchos años. Encargado luego en 1541 de presentar nueva traza y modelo *Martin de Gainza*, maestro mayor de la catedral, no pudo verificarlo por sus muchas ocupaciones hasta el año de 1550. Hizo llamar entónces el cabildo, para examinar su proyecto, á *Gaspar de Vega*, maestro mayor de las obras reales de Madrid, á *Fernan Ruiz*, de la catedral de Córdoba (que despues añadió 100 pies á la torre) á *Francisco Rodriguez Cumplido*, de Cádiz y *Juan Sanchez*, que á la sazón dirigia la obra de la casa de ayuntamiento de Sevilla. Despues de maduro exámen aprobaron estos en un todo el proyecto de Gainza.

« Para el mayor acierto y economía en la eje-

cucion de la obra, mandó tambien el cabildo que se citase á concurso á los maestros de cantería del reino, y que saliesen peones á fijar carteles en todas las ciudades, señalando el dia del remate.» (1)

Muchos hechos pudiéramos citar de esta naturaleza, en prueba de que la economía no es incompatible con la verdadera grandeza; pero bastan ya los referidos, para que mas de una vez, al compararnos, en punto á orden, con nuestros antepasados, tengamos que avergonzarnos.

§. X. Si hay monumentos que por sí solos legitimen un viaje desde rejiones apartadas, monumentos, de esos que son para la nacion que los posee un título de gloria, y para las artes una joya inestimable, un documento histórico de incalculable valía; la catedral de Sevilla debe contarse entre los primeros.

Afortunadamente hace excepcion á la regla general en España, en cuanto á la importancia que solemos dar á nuestros tesoros; pues se ha ocupado en describirla con proligidad grande uno de los escritores mas concienzudos, que han ilustrado nuestras artes. Lástima es solamente que el estilo de Cean Bermudez no sea algun tanto mas ameno, y que sea algunas veces demasiado pródigo de alabanzas. No obstante esto, recomendamos muy particularmente á todo el que quiera visitar con fruto la catedral de Sevilla que se haga con la descripcion de este autor, que le ahorrará muchos pasos tan inútiles como penosos, y le enseñará á ver los objetos, cosa mas difícil en las artes de lo que se cree comunmente. — C. A.

(1) Cean Bermudez.

La abundancia de materiales no nos permite insertar la biografía del pintor Goya: lo haremos á la mayor brevedad.

Por un accidente imprevisto no podemos dar en este número dos estampas: lo haremos en el siguiente.

ESTAMPA: Retrato de Goya.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



1, 2, 3, 4. Copias del Natural, hechos los contornos y dintornos por medio del mecanismo.

A, B. Adornos copiados de uno de 0 media tercia de alto, y disminuidos por medio del mecanismo.

Resultado del nuevo metodo, de que se hace mencion en este Vº. del **ARTISTA.**





EL ARTISTA.



*Pl. de Madrid.*

*Ella mi apparve, sì com'egli appare*

*Subitamente cosa, che disviò*

*Per meraviglia tutt'altro pensare,*

*Una donna soletta, che si già*

*Cantando et scegliendo fior da fiore,*

*Ond'era punta tutta la sua via.*

*(Dante. Purgatorio Canto XXVIII.)*



EL ARTISTA.



*Pl. Lit. de Madrid.*

*Ella mi apparve, sì com'egli appare  
Subitamente cosa, che disvia  
Per maraviglia tutt'altro pensare;*

*Una donna soletta, che si già  
Cantando et cogliendo fior da fiore,  
Ond'era punta tutta la sua via.*

*(Dante. Purgatorio Canto XXVIII.)*

